

Y le contó su partida, todo su camino, y la mentira que contó á su padre.

—Me lleva dentro de dos días. Ven mañana por la noche, como por casualidad, y aprovecha la ocasión para pedirme en matrimonio.

Jamás Federico se había encontrado más lejos del matrimonio. Además, la señorita Roque le parecía una personita bastante ridícula. ¡Qué diferencia entre ella y una mujer como la señora de Dambreuse! Muy otro porvenir le estaba reservado. Hoy tenía la certidumbre; así que no era el momento de comprometerse, por una co-razonada, en determinación de tal importancia.

Era preciso ahora ser positivo; y después había vuelto á ver á la señora de Arnoux. Sin embargo, la franqueza de Luisa le llenaba de confusiones, y replicó:

—¿Has reflexionado bastante en ese paso?

—¡Cómo!—exclamó ella helada de sorpresa y de indignación.

Él dijo que casarse entonces sería una locura.

—¿De modo que tú no me quieres?

—Pero, no me comprendes.

Y se lanzó á una embrollada charla, para hacerla entender que se veía detenido por mayores consideraciones, que tenía negocios para no concluir nunca, que hasta su fortuna estaba

comprometida (Luisa contaba todo con una palabra), en fin, que las circunstancias políticas se oponían. Por consecuencia, lo más razonable era tener paciencia por algún tiempo. Las cosas se arreglarían, sin duda; á lo menos así lo esperaba; y como no encontrase ya razones, fingió recordar de pronto que debía estar hacia ya dos horas en casa de Dussardier.

Luego, saludando á los demás, se metió por la calle Hauteville, dió la vuelta al Gimnasio, entró de nuevo en el bulevar y subió corriendo los cuatro pisos de Rosanette.

Los señores de Arnoux dejaron al tío Roque y su hija á la entrada de la calle de Saint-Denis.

Se volvían sin decirse nada; él, no pudiendo más con lo que había charlado, y ella, sintiendo una gran laxitud, y hasta apoyándose en su hombro.

Era el único hombre que manifestó durante la noche sentimientos nobles. Experimentó hacia él una gran indulgencia. Con todo, Arnoux guardaba á Federico un tanto de rencor.

—¿Has visto su cara cuando se habló del retrato? ¿No te decía yo que era su amante? Tú no querías creerme.

—Sí; no tenía yo razón.

Arnoux, contento por su triunfo, insistió.

—Hasta apuesto que nos ha dejado, hace un

momento, para ir á reunirse con ella. Ahora está en su casa. Allí pasa la noche.

La señora de Arnoux se bajó mucho su toquilla.

—¡Pero tiemblas!

—Es que tengo frío—contestó.

Cuando su padre se durmió, entró Luisa en el cuarto de Catalina y sacudiéndola, le dijo:

—Levántate... pronto; más pronto, y ve á buscarme un coche.

Catalina le contestó que no los había á aquella hora.

—Vas á acompañarme entonces.

—¿Adónde?

—En casa de Federico.

—No es posible; ¿con qué motivo?

Para hablarle; no podía esperar; quería verle enseguida.

—¿Pero piensas en eso? ¡Presentarte así en su casa á media noche! Además, ahora duerme.

—Le despertaré.

—Eso no me parece conveniente tratándose de una señorita.

—Yo no soy una señorita; soy su mujer; le amo; vamos; ponte el chal.

Catalina, de pie en el borde de la cama, reflexionaba, y acabó por decir:

—No, no quiero.

—Bueno, quédate; yo me voy.

Luisa se deslizó como una culebra por la escalera. Catalina se lanzó detrás y se reunió con ella en la acera. Sus observaciones fueron inútiles, y la siguió acabando de vestirse. El camino le pareció muy largo, quejándose de sus piernas ya viejas.

—Después de todo, yo no tengo que ver con lo que te arrastra.

Luego se estremeció, y dijo:

—Pobre corazón; no hay para tí más que tu Catalina ¿ves?

De cuándo en cuándo volvían sus escrúpulos.

—¡Ah, bonita cosa me obligas á hacer! Si tu padre se despertara. ¡Señor Dios! ¡Con tal que no ocurra una desgracia!

Delante del teatro de Variedades, las detuvo una patrulla de guardias nacionales. Luisa dijo inmediatamente que iba con su criada á buscar un médico, y las dejaron pasar.

En la esquina de la Magdalena encontraron una segunda patrulla, y Luisa dió la misma explicación, contestándole uno de los ciudadanos:

—¿Es para una enfermedad de nueve meses, gatita mía?

—¡Gougibaud!—gritó el capitán—nada de desvergüenzas en las filas. Señoras, adelante.

A pesar de la amonestación, los rasgos de ingenio continuaron:

—Gran placer.

—Mis respetos al doctor.

—Cuidado con el lobo.

—Les gusta la broma,—observó en alta voz Catalina.—¡Juventud!

Por fin llegaron á casa de Federico. Luisa tiró de la campanilla con fuerza muchas veces; la puerta se entreabrió y el conserje contestó á su pregunta: «No.»

—¡Si debe estar acostado!

—Le digo á usted que no. Hace mas de tres meses que no se acuesta en su casa.

Y el ventanillo de la garita cayó de golpe como una guillotina. Pero permanecían en la oscuridad, bajo la bóveda, cuando una voz furiosa las gritó:

—¡Salgan ustedes!

La puerta se abrió de nuevo, y salieron.

Luisa tuvo precisión de sentarse en una piedra, y lloró con la cabeza entre las manos, copiosamente, con todo su corazón. Amanecía; pasaban algunas carretas.

Catalina la condujo sosteniéndola, besándola, diciéndole toda clase de cosas bondadosas sacadas de su experiencia. No debía tomarse tanta pena por los enamorados. Si aquel faltaba, otros encontraría.



III

CUANDO se hubo calmado el entusiasmo de Rosanette hacia los guardias móviles, volvió á ser encantadora como nunca, y Federico tomó la costumbre insensiblemente de vivir en casa de ella.

Lo mejor del día era la mañana en su terraza. En bata de batista y los piés desnudos en sus pantuflas, iba y venía alrededor de Federico, limpiaba la jaula de sus canarios, mudaba el agua á sus peces encarnados, y jardineaba con una paleta en la caja llena de tierra, en que crecía una enredadera de capuchinas, que adornaba la pared. Luego apoyados de codos